

012

# DATOS

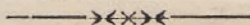
PARA LA

# HISTORIA DE COLOMBIA

POR

ELIAS DE PARAMO

CON UNA INTRODUCCION DE D. CESAR C. GUZMAN



OBRA ILUSTRADA CON GRABADOS, FOTOGRAFADOS Y CROMOS EN COLORES, Y QUE CONTIENE  
GENEALOGIAS DE MUCHAS FAMILIAS HISPANO-COLOMBIANAS

~~~~~  
1894  
~~~~~

BOGOTA (COLOMBIA)

IMPRESA DE "LA LUZ," CALLE 13, NUMERO 100

*Apartado 160, teléfono 230.*

El autor se honra en dedicar este libro

A S. M. C.

LA REINA REGENTE DE ESPAÑA

Y AL EXCELENTISIMO SEÑOR D.

MIGUEL ANTONIO CARO

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA



CRISTOBAL COLON

## INTRODUCCION

“Los anales del mundo no presentan un acontecimiento tan singular á los ojos del filósofo, tan interesante para el naturalista, ni de tanta influencia para el género humano como el descubrimiento de América. Los chinos en su inaveriguable antigüedad ; los babilonios en su ilimitado imperio ; los egipcios con su misteriosa sabiduría ; los griegos con su filosofía sublime ; los romanos triunfantes de Norte á Sur y de Este á Oeste ; todas las naciones del orbe, hasta el siglo xvi, estuvieron ignorantes de la existencia de un mundo distinto en hombres, en brutos y en plantas. Sólo á Colón y á los españoles se debe el descubrimiento del Nuevo Mundo, en una continua serie de aventuras las más heroicas, desde 1492 hasta 1540.”

Las líneas precedentes, que copiamos de un grave escritor, están mostrando cuánta es la importancia, utilidad y trascendencia que el estudio de la historia de la propia patria y de toda la América debe tener para nosotros los habitantes del Continente occidental ; y quien, consagrado á ese estudio, haya leído las obras que se han publicado por nacionales y extranjeros, desde la época en que el obispo Piedrahita escribió su *Historia General de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*, habrá comprendido que, en cuanto se refiere á Colombia, son muchos los vacíos que quedan por llenar, muchos los errores que es preciso corregir, y muchos los sucesos, de mayor ó menor consecuencia, que están aún por narrar. ¿ Y no podremos decir otro tanto de la historia de las otras comarcas americanas que fueron colonias españolas ? Varios de los libros que corren con el título de *Historias*, más que historias son meros cronicones descarnados de una época oscurísima de la vida de estas naciones. Los cuarenta y ocho años que transcurrieron desde 1492 hasta 1540, bien pudieran calificarse como el período heroico de la historia de la América Española. Con efecto, la travesía de Colón, en frágiles carabelas, desde Palos de Moguer, en Andalucía, hasta la isla de Guanahaní (setenta y dos días), primera tierra que el Almirante descubrió ; la

expedición de Orellana, quien navegó centenares de leguas por entre salvajes y por desiertos hasta las bocas del Marañón; la de Jiménez de Quesada, con los titanes que lo acompañaron desde Santa Marta, por regiones no menos desiertas y por entre tribus no menos salvajes, á escalar los Andes orientales y salir al valle de Teusaquillo; la de Benalcázar, quien viniendo del Sur, ó mejor dicho, del Ecuador, pasó los Andes en sus más empinadas cimas, hazaña mayor aún que el paso de los Alpes por Aníbal, que la historia nos refiere como uno de los portentos realizados por aquel rival de los romanos; la de Federmán, que, entrando por el Oriente de lo que hoy es Colombia, bajó á la sabana de Bogotá, á cuyas inmediaciones tuvo lugar el casual cuanto pasmoso encuentro de estos tres últimos conquistadores; y tantas otras exploraciones ejecutadas por tierras desconocidas é inhospitalarias, son hechos cuya realidad queda desvanecido el prestigio del viaje de Semíramis á la India, de la expedición de los Argonautas, de la célebre campaña de Alejandro hasta el Indo, y de mil acciones de arrojo que leemos en la historia de la Antigüedad, cubiertas muchas de ellas con el seductor ropaje de la fábula.

El descubrimiento de América dilató el horizonte de las especulaciones filosóficas y fijó verdades que aún se controvertían; y si bien es cierto que con ese descubrimiento no se probó sino una de las conjeturas de Colón—la de que al occidente de Europa debía de haber tierras desconocidas—también lo es que el interés que aquel suceso inaudito despertó en Europa y las expediciones marítimas á que dio lugar, demostraron la esfericidad de la tierra y muchas otras verdades que hoy son temas vulgares de la ciencia. No fue sino hasta 1520, esto es, catorce años después de la muerte de Colón, cuando quedó prácticamente verificada la redondez de nuestro planeta con el viaje del portugués Magallanes, cuya nave, que había salido de San Lúcar, fue la primera que dio la vuelta al mundo (1). Duró aquella odisea tres años; y de 270 hombres que habían salido con Magallanes, sólo regresaron 17 á aquel puerto con el piloto vizcaíno Juan Sebastián Elcano, que había acompañado al célebre navegante.

Abiertos los caminos del Océano, se siguieron las expediciones al Occidente, y Vasco de Gama, cambiando el rumbo, dobló el cabo de las Tormentas, entró en el mar Indico y descubrió la costa de Malabar, en la gran península del Indostán. Pero la India oriental no

---

(1) En el siglo XVII (1735), La Condamine y Bouguer, de la Academia Francesa, con los españoles D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, comprobaron en el Ecuador la esfericidad de la tierra.

debía ser portuguesa: Goa y Diu son hoy las únicas muestras de aquellas épocas florecientes de la corona lusitana y de esa expedición que Camoens había de immortalizar en sus *Lusiadas*.

Mas no hemos citado sino por incidencia el viaje de Gama, ó como una muestra del espíritu aventurero que se despertó en Europa á la nueva del feliz éxito de la primera expedición de Colón. Volviendo al Continente americano, y haciendo abstracción de los descubrimientos en el Norte, para no fijarnos sino en los navegantes españoles del Sur, podemos tomar el mapa y seguir á los marinos por todas las costas de la América Equinoccial.

Aunque Colón, después de 1492, hizo tres viajes al Nuevo Mundo, solamente en el tercero y en el cuarto conoció el Continente; entonces visitó las costas de Paria en Venezuela (1498), y nuestro litoral atlántico hasta el istmo de Panamá. Alonso de Ojeda, joven que había acompañado al Almirante en su segundo viaje, visitó en 1499, en una extensión de doscientas leguas, la costa comprendida entre el golfo de Paria y el Orinoco. Los Pinzones, también compañeros que habían sido del Almirante, pasaron las bocas del Marañón, siguieron (1500) la costa brasilera hasta el cabo San Agustín, y navegando, por último, en el mar Caribe, entraron en las aguas del golfo Mexicano. Con los descubrimientos de los Pinzones coexistieron los de Rodrigo Bastidas, quien recorrió la costa atlántica desde el cabo de la Vela hasta el de Mármol, en el istmo de Panamá, adonde llegó Colón en 1502.

Del cabo San Agustín, donde dejámos los descubrimientos al Sur, signió Diego Lepe por mayor extensión que la hasta entonces conocida. Américo Vespucio y Alonso Vélez de Mendoza orillaron, como Lepe, el mar del Brasil, y levantaron los primeros mapas de aquellos parajes (1). Poco tiempo después, Díaz de Solís entró en el río de La Plata, donde pereció á manos de los salvajes (1516).

Fernando Magallanes, en su ya citado viaje, dobló la punta sur de la América Equinoccial y pasó el estrecho que hoy tiene su nombre, después de descubrir á Patagonia (1520).

Finalmente, hallamos que, descubierto el Pacífico por Balboa (1513), Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando de Luque formaron una expedición en aquel Océano, y recorrieron las costas de la actual Colombia, del Ecuador, del Perú y de Chile (1524-1526).

---

(1) Mucho han disertado los historiadores respecto del nombre de *América* que se dio al Nuevo Mundo, y aun hay quienes se ensañan contra Américo Vespucio tratándolo de usurpador. De nuestras investigaciones personales sobre este punto, hechas en las bibliotecas europeas, adquirimos el convencimiento de que fue Waldseemüller quien propuso ese nombre al publicar en 1507 los cuatro mapas referentes á los viajes de Américo Vespucio.

Adquirido, pues, otro mundo para los habitantes del Viejo, no solamente ensanchó sus horizontes la filosofía, como acabamos de decirlo, sino que las ciencias todas hubieron de entrar en una senda nueva y en más dilatados espacios. La etnografía tuvo un valioso departamento para su estudio; la flora tropical hizo la admiración y maravilla de los botánicos; las entrañas de la tierra mostraron sus tesoros á la codicia humana; un cielo no soñado se ofrecía á la observación de los astrónomos; en una palabra, cuanto había sido objeto de estudio y de meditación para la inteligencia humana, sufrió una metamorfosis notable.

Pero ese espíritu aventurero de que hemos hablado no fue sólo de la Nación Española: los ingleses, los franceses, los lusitanos, todos emprendieron expediciones lejanas (yá citámos á Magallanes y á Vasco de Gama). Solamente Alemania é Italia no tomaron parte en ese gran movimiento: su territorio, dividido en naciones pequeñas y débiles, no representaba una potencia capaz de rivalizar ó competir con las otras del continente europeo, ni con Inglaterra. No había quedado otro vínculo que la lengua común entre aquellas circunscripciones reducidísimas; y ese lazo poderoso ha sido sin duda uno de los elementos que más han contribuido en este siglo á la unidad italiana y á la alemana, para constituir dos naciones de primer orden en Europa: el imperio Alemán y el reino de Italia.

No cabe en los límites de esta breve introducción el enumerar los descubrimientos á que el de América dio origen en el Océano Pacífico y en el norte de este Continente. Quien estudie con detenimiento el mapa de Oceanía, leerá en las islas, en los cabos, en los golfos y en los estrechos, los nombres de los navegantes de todas las naciones que desde el siglo xvi hasta el siglo xvii surcaron aquellas aguas y dieron colonias á sus soberanos. En esas islas, como en América, se encontraron una fauna y una flora no imaginadas en Europa.

Prolijo, muy prolijo, sería hacer la lista de los productos que la industria y la ciencia hicieron conocer en Europa del siglo xvi al xvii, y que tanto ensanche dieron al comercio universal. De los que yá eran conocidos en aquella parte del mundo hacia la época del descubrimiento, y que abundaban asimismo en América, en las estadísticas del Nuevo Reino de Granada, y sobre todo en las de México y del Perú, aparecen sumas verdaderamente fabulosas del oro y de la plata enviados á la Península, como producto de las minas de estos países.

Mas lo que antecede son meras reflexiones acerca de la influencia que tuvo el descubrimiento de América sobre las ciencias, la industria, el comercio y sobre la humanidad en general; y nuestro objeto principal es

hablar, cuan sucintamente sea posible, de la historia particular de Colombia. Manifestámos atrás que esa historia está en parte por narrar: acaso habría sido mejor decir por publicar, porque en manos de particulares, así como en los archivos y bibliotecas, existen manuscritos preciosos que contienen importantes datos para la verdad histórica, en el sentir de quienes los han leído ó consultado.

El traductor de Ticknor, D. Pascual Gayangos, hombre de vasta erudición á quien la Reina Victoria confió el arreglo de los manuscritos castellanos que reposan en la biblioteca del Museo Británico de Londres, nos manifestó, en una época en que nosotros también trabajábamos en aquel inmenso arsenal literario y científico, que allí había multitud de manuscritos originales referentes á la historia colombiana, algunos aislados ó sueltos, otros en el cuerpo de informes que los empleados españoles pasaban á la Corte, y que abarcaban á un tiempo lo relativo al Perú, al Ecuador y al Nuevo Reino de Granada. “Cosa semejante, añadió el señor Gayangos, debe de suceder con los archivos y bibliotecas de Viena. Nada le digo á usted de los de nuestra España, porque allí está la mina; sólo que, según entiendo, no la han beneficiado como debieran los hispano-americanos.”

Sucede que hay obras literarias que por la lenta labor que exigen y por el previo y no menos lento acopio de datos para su composición, no son empresa para escritores á quienes la lucha por la vida tiene embargada la mayor parte de su tiempo. Entre esas obras, y muy especialmente en Colombia, donde las letras carecen de estímulo, se cuentan las históricas. Escribir y publicar los anales colombianos desde el descubrimiento de nuestro litoral atlántico por Colón y Rodrigo Bastidas hasta nuestros tiempos, ó siquiera hasta la batalla de Boyacá en 1819, es tarea ardua y difícil; porque, además de la época heroica, la obra debe comprender la historia política y la historia bélica hasta Boyacá, y también, si no principalmente, la historia interesantísima de las misiones religiosas.

Ponemos como límite de una historia nuestra la batalla de Boyacá, porque suponemos que hasta ese año pueden narrarse los sucesos con ánimo imparcial y sereno. A partir de la Constitución de la Gran Colombia en 1821, los historiadores ceden en su criterio á las pasiones violentas de la política, y cada cuál pinta los hechos y hace deducciones más ó menos parciales y exageradas, según la escuela á que pertenece. Muchísimos años habrán de transcurrir—triste es afirmarlo—sin que se escriba con equidad y justicia la historia de nuestra vida independiente y republicana: en la raza latina el espíritu de partido lo emponzoña todo y lo empequeñece, hasta las almas levantadas y benévolas; ante las exigen-



cias de partido, los hombres más severos deponen su dignidad, su delicadeza y los más caros afectos. En el transcurso, pues, de muchos años, es de esperarse que aparezcan autores que, sobreponiéndose á los odios ruines de los bandos políticos, no estudien en los hombres que han servido á la patria sino los esfuerzos que ellos hicieron por engrandecerla, y el lustre que con sus talentos le dieron. Esa carencia de justicia y esa saña contra el alto mérito de los que profesaron ó profesan contrarias opiniones, lo repetimos, es peculiar de nuestra raza.

Presentando un contraste entre el carácter francés y el inglés, cuando se trata de sus hombres notables, dice un escritor orleanista de Francia que á la muerte de Benjamín Disraeli, Conde de Beaconsfield, fue Gladstone, enemigo político del jefe Tory, quien pronunció en la Cámara de los Comunes el panegírico del ilustre difunto; observa por contraste que los diarios franceses, tiempo después de muerto Gambetta, todavía contenían insultos á su memoria; y hace notar que en Inglaterra habrían olvidado que Gambetta era hombre de partido para no acordarse sino de su elocuencia, ante la cual solamente la sombra de Mirabeau habría podido detenerse sin palidecer, y que ha hecho de él una de las grandes figuras, una de las glorias de la Francia contemporánea.

No pudiendo acometerse, como hemos expuesto, por un solo escritor que ha menester gran parte de su tiempo para las faenas de la vida, la composición y publicación de una obra de ese aliento, preciso es que, quien desea consagrar á estudios históricos sus habilidades intelectuales y sus conocimientos, se limite á seguir ó explorar alguna de las sendas no trilladas por los que antes que él han trabajado en ese género.

La lista de las obras históricas relativas á Colombia empieza propiamente en la *Historia* del Obispo Piedrahita, y no es muy numerosa. Ternaux-Compans, en su *Bibliografía Americana*, hace notar que son muy escasas las obras históricas referentes á la Nueva Granada. Con posterioridad á la obra de Ternaux-Compans se han publicado las del General Joaquín Acosta, la de D. José Antonio de Plaza, la de D. José M. Groot, la de Quijano Otero y la del General A. B. Cuervo (1). Mas ninguna de ellas es completa, y á ellas y á otros escritos aludimos antes, al afirmar lo que afirmámos sobre la imperfección en que se hallan aún los trabajos históricos de este país.

Convencidos de que cada día se pueden allegar elementos para escribir nuestra historia, hemos mirado siempre con agrado é interés toda obra que sea una nueva contribución á los materiales que han de servir

---

(1) No citamos las *Memorias* del benemérito General Posada, porque esa obra se refiere propiamente á la historia política.

para escribir aquélla. Por eso nos ha llamado la atención el libro que tiene trabajado el señor D. Elías de Páramo con el título de *Datos para la Historia de Colombia*. Ese título está indicando que, más que una obra narrativa, es un cúmulo de datos históricos, independientes unos de otros en su mayor parte, porque son biografías y genealogías de gentes que en la época de la colonización salieron de la Península y se establecieron en el Nuevo Reino de Granada, á la manera que otros españoles se establecieron en las otras comarcas que fueron sucesivamente descubiertas. Y como muchos de los hombres que encabezaban esas familias venían con cargos importantes que habían de desempeñar en Indias, el cumplimiento de su cometido daba en ocasiones lugar á conflictos, dificultades y controversias, que, narradas en las genealogías, suministran preciosos y novísimos datos al historiador. De ahí el que nos parezca perfecto el título de la obra del señor de Páramo.

Pudiera suponerse que un libro de genealogías como el que ha preparado el señor de Páramo no puede tener más objeto que quemar incienso ante algunas familias privilegiadas, á quienes algunos consideran, y que se consideran ellas mismas, superiores á otras por su solo origen, por la sola *pureza* de su sangre; en otros términos, que esa obra no trata sino de levantar y restaurar una cosa que cayó y está desnaturalizada entre nosotros desde hace largos años: lo que se llama la *aristocracia del nacimiento*. Nosotros sabemos, como lo saben nuestros compatriotas, que, rotos los vínculos que nos ligaban á España, y emancipadas las colonias de América, para constituirse como naciones independientes, las ideas políticas que las nuevas nacionalidades cristalizaron, por decirlo así, en las leyes, excluyeron toda diferencia en el nacimiento entre los hombres proclamando la *igualdad social*. Mas eso no ha pasado de una utopía; esa nivelación es imposible y lo ha sido en todos los tiempos (1). ¿Quién no recuerda aquella respuesta de Licurgo (siglo IX antes de Jesucristo), cuando uno que admiraba las ideas de igualdad de ese legislador, le preguntó por qué no establecía la igualdad social entre los lacedemonios: "Ensáyala en tu casa."? Además—fuerza es reconocerlo y confesarlo—en todas estas repúblicas australes el gobierno es aristocrático, nacido de la oligarquía. Esa es la verdad; sólo que todos la sentimos y pocos tenemos la honradez de decirla. ¿Y por qué son aristocráticos nuestros gobiernos? Pues porque las instituciones democráticas, si queremos que realmente lo sean, no pueden implantarse en países cuyos pobladores son en su mayor parte ignorantes y se hallan en una

(1) Otra cosa es la igualdad ante la ley, igualdad que sí existe; pero no es de ésa de la que queremos hablar.

grande opacidad moral. Un ejemplo comprobará esta afirmación atrevida entre nosotros: de cien individuos de los que en día de elecciones se acercan á las urnas, ¿habrá diez que sepan lo que están haciendo, por quién y para qué van á votar y qué responsabilidad asumen con ese acto? Creemos que en raros casos habrá esa proporción; y si los electores ejercen ese derecho con conciencia de lo que hacen y de la responsabilidad que el ejercerlo puede aparejarles, entonces la votación ha quedado reducida á un mínimo número, y por lo mismo no es popular; no siendo popular, tampoco es democrática; no siendo democrática, nació de un grupo; ese grupo es una oligarquía; y como á esa oligarquía sólo han llagado los que conocen sus derechos y sus obligaciones, ella constituye una clase superior á las otras, y menor que ellas en número, que es lo que se apellida *aristocracia*. Por otra parte—y esto corrobora nuestra afirmación—no es infrecuente que, escaso el personal instruído é inteligente, los mismos electores sean los elegidos. Hay doctrinas bellísimas, magníficas en teoría, pero que no pueden ponerse en práctica: tál es la de la igualdad social.

Las frecuentes revoluciones, ó si se quiere guerras civiles de Colombia, de cuyas escenas y abusos dan cuenta los periódicos ingleses en artículos titulados *Colombian atrocities*, tienen siempre su origen en las aristocracias de que venimos hablando. La alternación de los partidos, en el ejercicio del poder en las repúblicas latinas, se efectúa, en la mayor parte de los casos, sobre lagos de sangre: *todo por el pueblo, y nada para el pueblo*. No pensamos que en país alguno, más que en el nuestro, los hombres se paguen tanto de teorías y desdeñen tanto la práctica. En corroboración de esta creencia nuestra presentamos nuestras innumerables leyes, la mayor parte platónicas.

Líbrenos Dios de intentar hacer la apología de la aristocracia, como esta cosa se ha entendido desde remotos siglos por gentes presuntuosas y por los supuestos demócratas.

No siendo éste un escrito político ni proponiéndonos nosotros dar la historia de la aristocracia desde su origen hasta la época actual, nos limitaremos á recordar á aquellos de nuestros lectores que lo hayan olvidado que la voz *aristocracia* viene de *aristos* (excelente) y de *krotos* (poder). Si tomamos esa palabra en un sentido puramente etimológico, significa algo como *gobierno de los mejores*. ¿Y quiénes se suponen gobernar en estos países hispano-americanos? Pues unos pocos, como acabamos de verlo.

La labor acometida por el señor de Páramo tiene tan sólo un interés histórico, unido á un interés de novedad; y eso han juzgado cuantos han meditado en el alcance de la obra.

Nadie mire, pues, con recelo ni menos con repugnancia la palabra *nobleza*, ni otras voces puramente blasónicas aplicadas á muchos de nuestros personajes históricos y á sus descendientes. Hay quienes aparentan tal celo por los fueros de la democracia, que ven amenazados sus *principios políticos* cuando alguien habla, siquiera sea por incidencia, de su abolengo, ó se envanece con razón del rango que en España ó en América ocuparon sus abuelos.

Esta ridícula sensiblería republicana ó democrática es puramente platónica, como las leyes á que nos hemos referido: en la práctica, quienes más claman contra el estudio de las genealogías, ó lo que se llama los *pergaminos*, son en general los más soberbios y apasionadamente exclusivistas, cuando se trata de traerlos al nivel común que ellos dicen reconocer.

Ni se suponga tampoco que únicamente entre nosotros, descendientes de españoles, es agradable rastrear el abolengo. Pasemos á los Estados Unidos, cuyas instituciones nos han seducido, y que inconsultamente hemos tomado (1) como dechado de las nuestras. ¿Qué sucede allí? Pues que hay libros en los cuales se hallan registradas con más claridad y mejor criterio que están en nuestro Ocáriz las familias que de España vinieron al Nuevo Reino, las familias que se embarcaron en Inglaterra para venir á poblar las trece colonias que, emancipadas, constituyeron la Unión Americana en 1776. En los Estados Unidos existe aún y existirá, Dios sabe hasta cuándo, la aristocracia de raza en sus más odiosas manifestaciones.

En época reciente hemos leído escritos de los Estados Unidos, de los cuales se ve que en ese país no desdeñan, aunque algunos exageran la tendencia, buscar el origen de sus familias, sin que con ello consideren vulnerados los sentimientos republicanos.

De todos es conocido el exceso de las reacciones. Leemos en la *Historia* de Restrepo que en 1812, por disposición superior, se prohibió en Venezuela el uso de la palabra *don* antes de los nombres de las per-

---

(1) Sí, inconsultamente. Las instituciones políticas de los Estados Unidos son buenas, inmejorables para los Estados Unidos, como las de Inglaterra son buenas para la Gran Bretaña, y las de cada nación para esa nación. Pero trasplantar á la zona tórrida, á un país latino y católico, instituciones de un país de la zona templada, anglo-sajón y protestante, es un absurdo que nunca podrá justificarse. Las constituciones no se escriben; ellas van creciendo con el pueblo, dice un escritor inglés. Y es esa la verdad: desde el momento en que las instituciones son platónicas ó puramente metafísicas y pugnan contra las costumbres, aparece el malestar general. Eso de implantar en el propio país las instituciones de otro, es tan absurdo como si se quisiese imponer á un pueblo como lengua nacional un idioma extraño. Dice Montesquieu que más son los gobiernos que han caído por haber violado las costumbres, que por haber violado las leyes.